

ATRAYENDO A LOS REBELDES MEDIANTE EL AMOR

Colocarse uno mismo en lugar de Dios –esto es, presumir que se poseen (o tratar de ejercer) sus poderes y privilegios divinos– es blasfemia.

Pero, otra cosa muy distinta, es ponerse uno mismo en el lugar de Dios en el sentido de tratar de ver las cosas desde su perspectiva. Alberto Einstein una vez dijo que la ciencia es “pensar los pensamientos de Dios como él los piensa”. Pero no tenemos que ser científicos para hacer esto.

Así, por un momento, colóquese imaginariamente el lector en lugar de Dios. Usted ha creado un universo perfecto, ha creado ángeles perfectos y seres humanos perfectos. Y los ha creado con libertad para escoger y decidir.

Al concederles el libre albedrío, estará garantizado que ellos le servirán y adorarán porque escogen hacerlo, no porque tienen que hacerlo. Pero, usted bien lo sabe, concederles el libre albedrío conlleva un enorme riesgo. Podrían rebelarse contra usted en el momento menos pensado.

Trágicamente, eso es lo que hacen. Y ahora sobre la

50 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

tierra, los seres humanos, pecaminosos, comienzan a multiplicarse. La gran mayoría de ellos está en contra suya. A pesar de su condición pecaminosa, sin embargo, unos pocos fieles escogen adorarle como su Creador.

Los primeros representantes de la fe –que vivían 700, 800, 900 años– finalmente mueren. El mundo llega a ser tan malvado que usted decide destruirlos mediante un gran Diluvio que arrasa con las multitudes rebeldes, y comienza nuevamente con un puñado de fieles seguidores: la familia de Noé.

Pero, al paso del tiempo, la familia humana se multiplica y se esparce sobre la faz de la tierra... y nuevamente, la mayoría de éstos se rebelan contra usted.

¿Cómo conquista nuevamente a los rebeldes?

¿Cómo atrae nuevamente a los impíos, a los malos y paganos?

¿Envía a ángeles que nunca cayeron para que les prediquen? ¿Llama a unos cuantos de sus fieles seguidores de sobre la tierra para amonestar a estos obstinados pecadores... a rogarles, predicarles y a condenar sus pecados?

La idea de Dios

Si el problema por resolver hubiera sido suyo o mío, podríamos muy bien haber escogido una solución como las mencionadas arriba. Pero Dios tuvo una idea diferente.

Él se revelaría a sí mismo. Les demostraría a los rebeldes su carácter amoroso y se atendería al poder de ese amor para atraerlos de nuevo hacia sí.

Pero no lo hizo en persona. Lo hizo mediante sus seguidores leales sobre la tierra.

Mas, cuando el tiempo había llegado, la tarea de rescatar a un mundo incrédulo simplemente era muy grande para unos pocos. Así, Dios le encomendó esta misión no a unos pocos esparcidos aquí y allá, sino a una nación entera... una nación que él escogería y bendeciría con todo género de bendiciones que hubiera de necesitar para revelar el amor de Dios a sus vecinos incrédulos.

Primeramente, Dios reveló su plan a Abrahán, alrededor de 1800 a. C. Rodeado por el paganismo, la idolatría y la apostasía, éste permaneció fiel a Dios.

Cuando Abrahán era de 75 años, Dios le habló y le hizo una maravillosa promesa: "Haré de ti una nación grande; te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición. A los que te bendijeren bendeciré; a los que te maldijeren maldeciré, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra" (Gén. 12:2,3).

Además de esta gran promesa, Dios le ordenó a Abrahán: "Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vete a una tierra que yo te mostraré" (Gén. 12:1).

Abrahán obedeció a Dios sin dudar, ni argumentar, sin preguntar. "Por fe Abrán cuando fue llamado obedeció para ir al lugar que habría de recibir por heredad. Y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó en tierra prometida como extranjero en tierra extraña, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa" (Heb. 11:8,9).

Así, pues, Abrahán sacó a su familia de Harán y se fue a

52 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

la tierra que Dios le mostraría: la tierra de Canaán.

No se pretende en este libro trazar una historia detallada de Israel desde el tiempo de Abrahán (1800 a. C) hasta el tiempo cuando Cristo vivió en esta tierra. La cadena inquebrantable de fieles que comenzó con Adán y continuó a través de generaciones hasta Abrahán, ésta se prolongó a través del hijo de la promesa, Isaac, y siguió con Jacob, hijo de Isaac... quien recibió el nombre de Israel. Y, por supuesto, los doce hijos de Jacob llegaron a ser los fundadores de las doce tribus de Israel.

El lector, sin duda, está bien relacionado con la Pascua y el Mar Rojo; con el Sinaí y el santuario; con el círculo viciado de apostasía y arrepentimiento. También está relacionado con los grandes nombres de la historia de Israel como José, Moisés, David, Salomón, Samuel, Daniel y muchos otros.

Pocas ocupaciones son tan gratificantes como repasar la historia de la nación judía desde el Génesis, capítulo once en adelante, o los libros *Patriarcas y profetas* y *Profetas y reyes*, de Elena de White.

El punto focal de este capítulo no es tanto la historia de Israel: su cronología, sus dirigentes, sus hechos y lugares o sus épocas de apostasía u obediencia. En vez de eso, una vez más, avanzamos en la historia de los leales seguidores de Dios: la fiel minoría ha permanecido leal a él desde el tiempo de Adán hasta nuestros días.

Escogido por una razón

Dedicaremos un espacio para considerar a Israel como

el escogido de Dios, y las razones por las que Dios lo escogió como su pueblo.

Dios tenía un propósito muy definido para Israel como nación. Les otorgó bendiciones y promesas asombrosas que apenas uno puede comprender. Pero, todas ellas eran condicionales. Si como pueblo le obedecían, si ellos dependían completamente de él y así vivían, llegarían a ser una maravilla asombrosa para las demás naciones de la tierra. Si no, sufrirían derrotas –y aun la cautividad–, y serían entregados en manos de sus enemigos.

Ya sabemos que sólo en parte –y por un poco tiempo– Israel cumplió con el plan y el propósito que Dios tenía para ellos. Y también sabemos que, finalmente, rechazaron completamente a Dios en la persona de Jesús–; y no sólo lo rechazaron, sino que participaron activamente en la muerte de su Creador.

Pero, en el más bajo nivel de la caída de Israel –en los momentos de su mayor apostasía– quedaron en el pueblo unos pocos fieles y leales, los verdaderos seguidores de Dios. Si así hubiera sido antes, así hubiera sido después en Israel.

Y la oportunidad de elegir concedida a los israelitas en el pasado, se nos da también hoy a usted y a mí. ¿Nos pondremos firmemente del lado de la completa lealtad a nuestro Dios? ¿Nos mantendremos fieles a él, aun si algunas veces no sólo el resto del mundo, sino muchos de nuestra propia iglesia –quizás aun nuestra propia familia– se aparten de él?

Revisar de nuevo el gran plan y propósito de Dios para

54 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Israel, es hallar de nuevo los mismos propósitos de Dios para su Iglesia hoy: su plan para mi vida y la suya.

Y, ¿cuál era ese propósito?

“Ellos habrían de revelar los principios de su reino. En medio de un mundo caído y malvado habrían de representar el carácter de Dios. Como viña del Señor deberían producir frutos mejores y diferentes a los frutos de las naciones paganas... Era privilegio de la nación judía representar el carácter de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 268).

“Era el propósito de Dios que por la revelación de su carácter mediante Israel, los hombres fueran conducidos a Él” (*Ibíd.*, pp. 272,273).

¿Cuál era la misión de Israel? ¿Cuál era la razón por la cual él los había escogido? Representar el carácter de Dios a las naciones rebeldes e incrédulas, tal como se le reveló a Moisés: su carácter santo, su bondad que incluye misericordia, gracia, paciencia, verdad y perdón. En suma, toda la bondad de Dios se halla en su amor.

Dios quería recuperar de nuevo para sí a un mundo rebelde que le había dado las espaldas. Y su plan era atraerlos mediante su nación escogida. Su propósito era que los israelitas revelaran su carácter de amor en sus propias vidas, y que mediante Israel, él pudiera conquistar para sí de nuevo al mundo.

“El propósito de Dios era impartir ricas bendiciones a todo

el mundo mediante la nación judía. Por medio de Israel había de prepararse el camino para la difusión de su luz al mundo. Las naciones de la tierra, al seguir prácticas corruptas, habían perdido el conocimiento de Dios. Sin embargo, en su misericordia, Dios no les quitó la existencia. Se propuso darles la oportunidad de llegar a conocerlo mediante su iglesia” (*Ibíd.*, p. 269).

Note bien cómo Israel iba a conquistar a las naciones de nuevo para Dios. ¿Era condenando sus prácticas viles y sus caminos paganos y perversos?

Algo mejor

Todos hoy, y muy a menudo, hasta los mismos predicadores condenan públicamente los pecados de aquellos que viven una vida sin Dios. Los amenazan con los juicios de un Dios airado, que se derramarían sin piedad, y cuando suceden desastres naturales, los señalan como evidencia de que Dios está airado y dispuesto a destruirlos.

¿Es esto lo que Dios nos pide que hagamos? ¿Fue esto lo que Dios le pidió a Israel que hiciera?

“Los habitantes del mundo adoran falsos dioses. Han de ser apartados de su falso culto, no porque oigan acusaciones contra sus ídolos, sino porque se les presente algo mejor. Han de ser pregonadas las bondades de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 281).

Sí, los que viven alejados de Dios practican pecados

abominables. Pero, ya sea mediante el Israel de antaño o el pueblo de Dios hoy, ¿es la misión de los seguidores de Dios condenar, denunciar o pedir que caigan los juicios de Dios sobre los pecadores?

¿No es, más bien, mostrar al mundo “algo mejor”? ¿Y qué es ese “algo mejor”? La bondad de Dios. Su carácter; su amor.

En su esfuerzo por alcanzar a un mundo pecaminoso mediante sus seguidores, ¿ha sido siempre el plan de Dios convertir al mundo mediante amenazas? ¿Persuadirlos mediante la condenación y la ira? ¿Intimidarlos señalándoles sus pecados? ¿No será que Dios sólo tiene un medio para convertir a los rebeldes: mostrándoles claramente su amor, de manera que en forma irresistible sean conducidos de nuevo a él?

Como dice un antiguo proverbio, se cazan más moscas con miel que con vinagre. Y si eso es cierto respecto a las moscas sucias y asquerosas, cuánto más lo será con los que están en el fango del pecado.

Dios no necesita tantos fiscales, como testigos que digan la verdad acerca de él.

El propósito de Dios para el Israel de antaño se hubiera cumplido, si solo se hubieran sometido a él. Dios podría haber dado a su pueblo escogido más de lo necesario para ser sus representantes ante el mundo, puesto que él no se reservó nada.

“Dios quería hacer de su pueblo Israel una alabanza y una gloria. Les dio toda ventaja espiritual. Dios no les negó

nada favorable en la formación del carácter que había de hacerlos sus representantes” (*Ibíd.*, pp. 270, 271).

Pero, a pesar de todas las bendiciones prometidas; a pesar de los ilimitados recursos puestos a su disposición, Israel finalmente falló en llevar a cabo el plan de Dios. Y porque ellos rehusaron cumplir con las condiciones que Dios les había puesto, dejaron de recibir sus bendiciones.

Imagínese el lector lo que Israel hubiera disfrutado:

“Si eran obedientes, habrían de ser preservados de las enfermedades que afligían a otras naciones, y habrían de ser bendecidos con vigor intelectual. La gloria de Dios, su majestad y poder habrían de rebelarse en toda su prosperidad. Habrían de ser un reino de sacerdotes y príncipes. Dios les proveyó toda clase de facilidades para que llegaran a ser la más grande nación de la tierra” (*Ibíd.*, p. 271).

- Protección de las enfermedades.
- Vigor intelectual.
- Prosperidad.
- Todas las bendiciones inimaginables.

Israel podría haber sido una de las grandes maravillas del mundo: la mayor nación de la tierra. Pero trágicamente, sufrieron largos siglos de cautiverio y humillación.

Ocho palabras fatídicas describen el fracaso final de Israel: “Israel no cumplió con el propósito de Dios” (*Ibíd.*, p. 273).

¿Qué sucedió? ¿cómo pudo ocurrir esto?

“Se olvidaron de Dios, y perdieron de vista su elevado privilegio como representantes suyos. Las bendiciones que habían recibido no proporcionaron ninguna bendición al mundo. Todas sus ventajas fueron empleadas para su propia glorificación. Privaron a Dios del servicio que él requería de ellos, y robaron a sus prójimos la dirección religiosa y el ejemplo santo” (*Ibíd.*, p. 274).

Israel, como nación, pudo haber cumplido la misión de Dios, tan amplia y tan plenamente como ninguna otra. Pero su fracaso fue catastrófico:

“Los judíos abrigaban la idea de que eran los favoritos del cielo, y que siempre habrían de ser exaltados como iglesia de Dios. Eran los hijos de Abrahán, declaraban, y tan firme les parecía el fundamento de su prosperidad, que desafiaban al cielo y a la tierra a que los desposeyeran de sus derechos. Sin embargo, mediante sus vidas de infidelidad, se estaban preparando para la condenación del cielo y su separación de Dios” (*Ibíd.*, p. 277).

Mas, aunque la nación judía finalmente se separó de Dios, este mundo no fue despojado de hombres y mujeres que se mantuvieran fieles a Dios; personas que lo amaran con todo su corazón y le sirvieran con lealtad, pasara lo que pasara.

La cadena de fieles permaneció inquebrantable.

Al venir Jesús a este mundo, en la forma de un bebé, unos pocos de estos fieles dieron la bienvenida a su nacimiento con gozo y reconocimiento, aun cuando la gran mayoría de los israelitas no le reconocieron como su Redentor, y aun lo rechazaron.

A través de su corta existencia, y sus tres años y medio de ministerio, este mundo nunca dejó de contar con los que preferían la muerte a la vida, con tal de ser desleales a su Creador y Mesías.

La historia que se relata en este libro es la historia de esos pocos fieles; es una historia que estamos siguiendo desde Adán hasta el fin del tiempo. Es una historia que supera a la ficción, pues en ella estamos involucrados usted y yo. Como nunca antes, en este año, este mes, este día, hay solamente dos bandos, en lo que se refiere a Dios: los que son fieles y leales a él, y los que escogen caminar su propia senda.

Pertenecer a un lado o a otro, es una decisión que cada uno debe hacer antes que llegue otra noche y mañana, deben hacerla de nuevo, cuando se levanten para encarar un nuevo día.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
—los llamados, los escogidos—, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*